

Rafael Rubio. *VIERNES SANTO*. Santiago: Editorial UV, 2019: 170 pp.

Asistir como espectador, como oyente, al *Viernes Santo* de Rafael Rubio (Santiago, 1975) es dejarse guiar por el camino hacia el calvario que el propio poeta, hablante desdoblado en varias facetas a través de los poemas, se traza a sí mismo. Cargando la cruz de las palabras proferidas, el libro puede leerse como punto culminante del recorrido poético hecho por el autor hasta ahora: ofrenda que se plantea como una mirada en retrospectiva de la obra construida a lo largo de los años y de los libros publicados (*Arbolando*, 1998; *Madrugador tardío*, 2000; *Luz rabiosa*, 2007; *Caudal*, 2010; *Mala siembra*, 2013).

La lectura nos conduce por las etapas de un vía crucis personal, en el que es posible identificar un hilo conductor, una especie de narrativa, si bien el conjunto, me atrevo a suponer, no fue pensado con esa organización a priori. Cada paso — verso, sílaba— dado hacia el lugar de la inmolación es al mismo tiempo un volver la vista atrás, hacia el pasado que sustenta y trasciende el propio decir; es un asumir la herencia tanto de los lazos sanguíneos de la familia de origen como de esa otra familia elegida que constituye la tradición poética. Ambas fuentes, en su esplendor y miseria, son las que nutren y animan el cuerpo herido del lenguaje en *Viernes Santo*.

Con la riqueza y consistencia técnica que caracteriza la poesía de Rubio, en el libro conviven y dialogan una diversidad de metros (de arte mayor y menor), formas (sonetos, cuecas, coplas, silvas, verso ‘libre’, prosa), tonos (pathos e ironía, ternura y humor, solemnidad e irreverencia) y templos (desde el más intenso lirismo hasta pasajes en que predomina el ejercicio reflexivo, sobre todo metapoético). En cuanto a temas, los poemas giran en torno a asuntos ya recurrentes en sus libros anteriores. Transversal aparece la muerte, como hermana inseparable, indistinguible por momentos, de la vida —“y son como uña y carne, muerte y vida” (“Nunca”). Un lugar importante, también, tiene la familia, organismo vivo y simbólico, que en sus relaciones se constituye como un correlato permanente de las tensiones interiores del sujeto poético: un juego de espejos en que la voz que habla es reflejo de la casa familiar y viceversa. Personas, partes del cuerpo, objetos y espacios se funden en una relación simbiótica: “que ya no sé quién es quién, / quién el hijo y quién el padre” (“Calvario”). Otro asunto central es la experiencia ambivalente de Dios, que oscila entre la entrega y el descreimiento: “aunque no crea en ti, mi Dios, te creo / todo lo que me zumbas al oído” (“Dios”). Y qué decir de la enfermedad, la miseria, la locura, y por supuesto, de la misma poesía.

Valiéndose del imaginario escatológico (en sus dos acepciones) y de la figura de Cristo como contrapunto de la experiencia vital y poética alojada en los poemas, cada una de las ocho secciones que conforman el libro está precedida por un epígrafe de autoría del propio Rubio, que arroja luces sobre la dimensión que los textos de esa ‘estación’ exploran. Las secciones I y II presentan al hablante y su circunstancia. Identificado con Cristo —con el Cristo del jardín de los Olivos, con el Cristo que se siente abandonado— el hablante se declara enfermo, agónico, resignado frente a la muerte inminente. En la sección III el asunto es la familia. En la mayoría de estos poemas desaparece la primera persona gramatical y surge una suerte de voz omnipresente que observa y describe lo que sucede en el interior del núcleo familiar, en el que cada integrante es un miembro dentro del cuerpo enfermo del hogar. En la sección IV, el sujeto ya crucificado se prepara para recibir a la muerte; es el momento de purgación y despedida: “no llores hija, el día de mi muerte / que todo muerto es un recién nacido (...) / De nada me arrepiento, dios del frío, / sino de haber nacido de repente” (“El arrepentimiento”). La sección V continúa con el mea culpa, pero concentrado exclusivamente en el ejercicio de la escritura. Predominantemente irónico, despojado del tono trágico que venía formulándose en las partes precedentes, el sujeto dispara contra sí mismo y contra la tradición poética en cuyo seno se ha refugiado. Arrepentirse de los pecados de la forma es tan y casi más importante que el arrepentimiento de lo vivido, porque en realidad la frontera entre vida y escritura es ilusoria; en *Viernes Santo*, el ars poética y el ars vitae son dos dimensiones de un solo fenómeno: la existencia. En los poemas que conforman la sección VI, el sujeto ya descendió a los infiernos —y como supo T.S. Eliot, “El infierno es uno mismo. El infierno es solitario”. Despojado, solo, el yo se ve enfrentado a su propia imagen: “Al fondo del revés me voy entrando / en el reflejo que me saca en cara / mi ajena identidad sin voz ni nombre” (“Narciso”). Pero la pobreza y la consciencia de la finitud no pueden acabar, siempre, en el dolor. Y la sección VII es el momento en que la balanza se equilibra hacia el otro polo. Después de la noche oscura del alma, el cuerpo se subleva y restituye la posibilidad de redención, a través de la celebración del instante y el placer sensorial: “deshabitado a los goces del alma, entro en el cuerpo como el vino al cántaro, y entro cantando, a escándalo de bruto, y me revuelco como si naciera” (“Iluminación I”). Ese instante de gracia, sin embargo, no puede sino acabarse, y en la sección que cierra el poemario, la VIII, el sujeto (mesías, hijo, poeta, enfermo, loco) vuelve a instalarse en el padecimiento, asumiendo su locura. Termina de habitar y dar nombre a la miseria: “déjate de soñar, ya no hay consuelo / para quien vuelve nunca a parte alguna / desde ninguna parte” (165).

El *Viernes Santo* de Rafael Rubio no tiene domingo de resurrección. Empieza y termina en la muerte. Aun así, con todo el pesimismo y desesperanza que la aceptación de la propia precariedad (humana, poética) conlleva —gesto que da razón de ser a este libro— el cultivo de dicha aceptación mediante la palabra, con un fervor religioso, con

amor y oficio, no puede sino ofrecérsenos como un consuelo, que nos recuerda que, en nuestra soledad, no estamos solos.

Micaela Paredes
New York University